

afición se concretaba al relato de las grandes batallas y á la descripción de los más famosos hechos de la caballería.

Como el lector comprenderá, no era posible que un niño de la edad de Juan no intentara descubrir el misterio en que parecía envuelto su origen; pero el adolescente no interrogaba á su madre, á quien conocía sólo por el nombre de señora Marta, sobre este particular, desde que vió que sus ojos se humedecían cada vez que le dirigía preguntas con este objeto; era, pues, sobre Pacífico sobre quien caía todo el peso de la curiosidad de Juan.

Este poseía un espíritu delicado, casi sutil; así es que ensayaba todos los medios para conseguir sus fines. Y como Pacífico por su naturaleza era poco fecundo en inventiva é ignoraba el arte de mentir, hubiera sucumbido más de veinte veces en la lucha empeñada si no hubiera tomado el partido de responder sencillamente:—Hijo mío, preguntad eso á vuestra madre.

Con esto quedaba cerrada la boca de Juan. Si madre era para él un objeto adorable y en cierto modo divino; amábala con un amor parecido al que profesa á Dios un cristiano fervoroso; habría dado toda su sangre por ahorrar á su madre una lágrima sola.

Pero todo eso fué no más que hasta el día en que, oculto entre los arboles del bosque de Benevent, vió pasar, como si fuera un sueño, la deslumbradora beldad de Blanca de Armagnac.

¡Ay!, los niños son así. Algunos meses después Juan abandonaba la pobre cabaña, sin considerar que su fuga desgarraría el corazón de la madre adorada.

¿Queríala menos por eso? En manera alguna; pero el delirio de la juventud le arrebató; el joven iba en pos de los ojos de Blanca, de la misma manera

que la inocente mariposa se arroja, fascinada, sobre la luz que ha de darle la muerte.

V

LA CENA DEL HERMANO PACÍFICO

Así que el hermano Pacífico y la duquesa Isabel se quedaron solos en la sala del mesón, la duquesa dijo:

—¿No habéis conocido, amigo, á ese hombre de los cabellos blancos que nos encargó rogáramos por él?

—No—respondió Pacífico, que seguía siendo el mismo de antes, es decir, que no veía nada de lo que ocurría á su alrededor,—no le he conocido.

—Aquella á quien llaman Blanca de Armagnac está también aquí, en esta posada.

Pacífico empezó á hacer el inventario de sus recuerdos desde el momento en que puso los pies en el mesón y no pudo hallar ningún indicio de haber visto cosa alguna que tuviera relación con Blanca de Armagnac... Vencido en esta prueba volvió sus ojos, siempre deslumbrados y preocupados hacia la duquesa, diciéndole:

—¿Seríame lícito, mi noble señora, preguntaros cómo habéis adivinado esto?

—Ese hombre de los cabellos encanecidos—respondió Isabel—es Guillermo de Soles, mi antiguo escudero.

—¡Oh!—exclamó Pacífico con acento de sencilla é ingenua incredulidad,—no creáis esto, señora; Guillermo es muy joven y sus cabellos son más negros que la noche.

La viuda de Armagnac no pudo contener una sonrisa.

—Tú hablas de quince años atrás, mi pobre Pací-

fico—dijo,—y precisamente esos quince años son nuestra salvaguardia y mayor seguridad; los que no nos hayan visto desde entonces difícilmente nos reconocerán hoy.

—Es verdad, es verdad—murmuró Pacífico mientras volvía á engolfarse en el piélago sin fondo de sus cavilosas distracciones.

—Y además—añadió la duquesa,—no tenía yo necesidad de ver aquí á Guillermo de Soles para estar segura de que se alojaba en este mesón la joven que os he dicho. Durante todo el viaje nos han ensordecido los oídos anunciándonos en todas partes la magnífica fiesta que el traidor Graville prepara en el mismo solar de mis mayores. En la miserable taberna en que hemos descansado un momento antes de llegar á París, he podido escuchar á varios sujetos vestidos con la librea del nuevo conde de la Marche que se citaban para la Urraca, entre el palacio de Orleans y las Halles. Uno de aquellos individuos ha llegado á decir: «El conde está en el castillo de la Marche desde ayer, y á cosa de las dos de la madrugada escoltaremos á la señorita Blanca, que acudirá á la fiesta desde casa de la Amapola.»

—Á la Amapola la he reconocido bien—murmuró Pacífico,—pero en la otra época su figón estaba situado extramuros y llevaba por divisa el escudo de Armagnac. Cuanto á las hablillas de los sujetos que decís, no he oído una sola palabra. Réstame ahora preguntaros, mi noble señora: ¿por qué seguís con tanto empeño los pasos de Blanca, en vez de andar lisa y llanamente en busca de nuestro pobre Juanito?

Miróle la duquesa cara á cara, pues por más acostumbra que estuviera á las excentricidades de Pacífico, en ciertas ocasiones la sencillez y el candor de este hombre la sorprendían como si le hubiera visto por vez primera.

—¿Por lo visto no has adivinado que Juan de Armagnac ama á esa joven?—preguntó la dama.

Pacífico abrió sus ojos estupefacto, rompió á reír y exclamó:

—¡Juan!, ¡nuestro Juanito! No, mi noble señora, confieso que nada de eso había adivinado.

Y añadió después de una breve pausa:

—Si es un niño, creedme, nada más que un niño. Cuando yo le acompañaba en sus paseos por la selva, sus únicas ilusiones eran cazar nidos y coger moras.

—¿Y cuán to tiempo hace ya que no le has acompañado?—preguntó la duquesa.

—¡Oh!—exclamó Pacífico,—se volvió mejor andarín que yo, me reventaba subiendo lomas y collados, hasta que una vez cruzó de un salto el riachuelo dejándome con un palmo de narices en la otra orilla. Hará esto, según mis cálculos, de tres á cuatro años.

—¿Y desde entonces...?

—Desde entonces ha tomado la costumbre de pasear solo.

La duquesa le tomó la mano, diciendo:

—Mi pobre Pacífico, tú eres bueno y nos amas. Tu adhesión inquebrantable te ha dado cuanto puede dar de sí: vigilancia, cuidado, experiencia... y hasta alguna que otra vez previsión; pero no intentes comparar tus dotes con los desvelos y la intuición de una madre.

—Si llegamos á alcanzarle—repuso Pacífico siguiendo la sucesión de sus ideas,—le acompañaré siempre á todas partes, aunque las piernas no puedan con mi cuerpo.

—Ahora—dijo la duquesa como si hablara consigo misma—lo más urgente es ver á esa niña y hablarle. A su edad no es posible que su corazón esté ya corrompido; ella me escuchará y me devolverá

á mi pobre hijo cuando le diga: es él lo único que me queda en la tierra.

—¡Escuchad!—exclamó Pacífico,—temo decir una tontería, pues no habéis caído en ello antes que yo, mi noble señora; paréceme que, según vuestros cálculos, nuestro Juanito debe hallarse aquí también, á no ser que salgan fallidas todas las reglas de la lógica.

Isabel se sobresaltó y dijo en voz baja:

—¡Tienes razón, aquí debe estar ó muy cerca por lo menos! Pero ni aun la misma voz de su madre le curará el mal que padece. Necesito el socorro de esa niña para recobrar á mi hijo en cuerpo y alma, como lo quiero y espero.

—Perfectamente—insinuó Pacífico;—iré en busca de la Amapola, que es antigua conocida y paisana, y diréle que mi noble señora desea departir con Blanca...

Habla ya dado un paso hacia la puerta cuando la duquesa le detuvo bruscamente por el brazo, exclamando:

—¡Con lo cual todo se habrá perdido! Amigo, pobre amigo, os entregáis siempre á vuestras quimeras, sin recordar que vivimos en este bajo mundo, en el cual habéis contraído una grave responsabilidad. El secreto de que sois único depositario representa mi vida, y no hay necesidad de que añada también que es la vida de Juan de Armagnac.

Pacífico se quedó petrificado delante de la duquesa, con las manos caídas é inclinada la cabeza.

—Es verdad—murmuraba,—iba á obrar mal; perdonadme, mi noble señora. Prefiero morir en este mismo sitio mejor que revelar una sola palabra de nuestro secreto á la Amapola, por más que sea una antigua amiga. Os prometo ser mudo. Pero decid: ¿á qué recurso apelaréis para conseguir hablar con esa niña?

Un ligero rasgo de orgullo se marcó en la sonrisa de Isabel, cuando dijo:

—Este es mi secreto; pero te aseguro que la veré, que la hablaré aun cuando sea para ello preciso hacer resonar mis pasos en el interior del gran salón de mi palacio de la Marche.

La Amapola se encontraba aquella noche de un humor insoportable. Después de conducir á Guillermo de Soles al aposento de Vicente Tarchino, volvióse á la sala con la firme resolución de poner en la calle á los dos mendigos, que por tales había tomado á la labradora y al hombre de la sotana raída.

En el gran comedor no ardía más que una lámpara, pero su luz caía de lleno sobre el rostro noble y dulce de la duquesa Isabel que, como sabe el lector, había echado para atrás la capucha de su pobre manto. Esto pareció una visión á la Amapola, y cuando se apartaron sus ojos de la disfrazada labradora para fijarles en el hombre de la sotanilla resonó dentro de su pecho un grito de sorpresa que á duras penas pudo ahogar.

—¿En dónde, santo Dios, tenía yo los ojos?—pensó la constante y fiel mesonera.

En este momento, Pacífico decía á su señora:

—No habéis comido nada desde esta mañana, mi noble señora.

—Hemos concluido el dinero, mi buen amigo—replicó la duquesa.

Pacífico guiñó un ojo, diciendo:

—Tened confianza en mí, pues me obligo á encontrar algunos recursos sin comprometer por eso mi secreto.

Isabel no tuvo siquiera tiempo de responder; la

Amapola tosió desde el corredor é hizo bruscamen-
te su entrada en la sala grande.

—¿Qué es eso?—exclamó tomando otra vez su más áspero acento.—La posada de la Urraca es un establecimiento decente y honrado; las mujeres no pasan aquí jamás la noche en la sala común.

La labradora había vuelto á cubrirse con el capuchón, y dijo levantándose:

—Me retiraré adonde dispongáis.

—¡Mireta!—llamó la Amapola.

La niña, medio desnuda ya para acostarse, apareció en el umbral de la puerta que comunicaba con las habitaciones particulares de la mesonera.

—Acompaña á esa mujer á nuestro cuarto—dijo la Amapola.

—¿Y si hubiera medio de darle de cenar?—insinuó Pacífico.

—Dale de cenar—añadió la posadera.

Mireta, alegre y sorprendida, dijo á la pretendida labradora con amable sonrisa:

—Venid conmigo y veréis cómo os trato á cuerpo de rey.

Así que las dos se hubieron retirado, la tía Amapola fué á abrir un armario de encina negra colocado á la derecha de la doble escalera de que antes hemos hablado. El pobre Pacífico sentía un hambre extremada; pero el infeliz había aprendido á reprimir las exigencias de su estómago. La Amapola atisbábale de reojo mientras andaba buscando por el fondo del armario, y observaba que su antiguo amigo no había variado nada en quince años. Su persona seguía siendo idénticamente la misma, hasta el punto de que la Amapola se preguntaba si no hacía más que veinticuatro horas que le había visto por la última vez.

A los cuarenta años Pacífico no era más viejo que á los veinticinco.

Si pudieran emplearse fórmulas copiadas secamente de la sintaxis de M. de la Palisse, diríamos que eso provenía de lo siguiente, á saber: de que el hermano Pacífico á los veinticinco años no era menos viejo que á los cuarenta.

Su traje no había sufrido más alteraciones que su persona. En su sotana larga, raída y pringosa llevaba pegados igual número de botones. A este propósito debemos consignar que la única resistencia que opuso jamás á su señora fué en lo que se relacionaba con su modo de vestir. La duquesa le había rogado muy á menudo que tomara prendas menos señaladas, por cuanto su aspecto original podía hacer que les reconocieran; pero Pacífico se conservó inalterable. Hubiérase dicho que más apego había cobrado á su sotana que á su vida.

En el fondo mismo del armario de encina encontró la Amapola la mitad de una enorme empanada, que los brazos robustos de la mesonera levantaron sin grande esfuerzo junto con la fuente de barro obscuro que la contenía.

—¡Siempre el mismo!—murmuró la buena mujer. —Es un milagro que la gente de la Marche no le haya puesto la mano encima.

Esto diciendo, cortó un gran pedazo de empanada, que colocó en un plato de estaño adornado con un ramito de perejil.

—¡Y la señora!—prosiguió la mesonera.—¡Oh mi pobre señora, siempre con su rostro angelical, siempre bella, por más que alrededor de sus ojos hayan quedado impresas las huellas de las muchas lágrimas que habrá vertido!

En el momento en que iba á tomar el plato de estaño detúvose pensativa y murmuró:

—Pero ¿dónde está el niño?

Pacífico, en tanto, tenía los codos sobre la mesa y sus lacios cabellos caían desordenados por enci-

ma de sus dedos escuálidos. Discurría el infeliz como un desesperado.

—He vendido mi *Johannes Tertius*—pensaba—en tres tomos, manuscrito sobre pergamino. He vendido mi *Nicolás Flamel*, impreso en París mediante el nuevo sistema, con caracteres venidos de Alemania. Todo lo he vendido, y, sin embargo, soy igualmente pobre. Si yo pudiera decir á esa buena mujer: mirad, soy Andeol, ya sabéis, aquel mismo Andeol de Mirande, creo que me abrazaría por amor al país que nos vió nacer. Pero yo no puedo; la señora me lo ha prohibido. No me queda, pues, más recurso que seducirla con promesas... Y por cierto que en este punto no tengo necesidad de mentir, porque creo haber penetrado lo bastante los secretos de la ciencia para abrigar la seguridad de que he de descubrir la piedra filosofal antes de la hora de la muerte... Puedo ofrecer á la Amapola una gran fortuna en pago de su cena..., sólo que no sé qué prometer para el caso en que mis planes salieran fallidos.

—Vamos allá, buen hombre—dijo alegremente la Amapola, que llegaba con su plato de estaño;—levantad vuestros codos puntiagudos, que acabarían por agujerear mi mesa, y hacedme sitio á vuestro lado.

Pacífico miró primero sus codos, luego la mesa y por fin á la Amapola.

—¡Es la misma!—pensó;—siempre tiene una palabra de broma para reirse de corazón.

Según costumbre suya inveterada, no reparó en lo que llevaba la posadera en la mano; así es que empezó su meditada arenga con sin igual aplomo, tomando todo el aire de un redomado charlatán.

—Mi buena patrona—decía,—ante vuestra presencia tenéis á un hombre que puede haceros archirica l día menos pensado; sí, más rica que la regente.

La Amapola dejó el plato sobre la mesa y dijo:

—Vamos, el pobre muchacho no me habrá reconocido.

Pacífico no veía aún el pedazo de empanada; tan ocupado estaba en *fascinar* á la hostelera; pero se escapaban del plato unas emanaciones tan agradables al olfato y tan tentadoras, que las narices del pobre pedagogo iban hinchándose mientras sus quijadas mascaban el vacío.

—Si es verdad que podéis hacerme rica, hermano—dijo la Amapola,—¿por qué no empezáis por compraros otra sotana?

Pacífico se sonrojó porque también tenía cierta altivez.

—No he de discutir con vos, buena mujer—dijo,—porque ciertas sublimidades están por cima de vuestro entendimiento. Os he dicho eso tan sólo para que al salir de vuestro establecimiento no nos despedáis con un espectáculo de mal gusto. El precio de la cena que habéis ofrecido á mi compañera, y que no satisfaré hoy, pues me hallo por una rarísima casualidad sin un sueldo ni un dinero, este precio, digo, os será abonado un día ú otro, á razón de ciento por uno.

La Amapola hizo un gesto mientras decía:

—Mala moneda es esa.

Al mismo tiempo pensaba, al ver el aire estrambótico de Pacífico:

—¿Si se habrá vuelto mentecato este pobre infeliz?

Pacífico se iba animando á medida que hablaba.

—Cuando digo el céntuplo, es sólo por expresar mi idea aproximadamente. Centuplicad el céntuplo, y aun eso no indica nada en comparación de lo que os espera. Puedo llenar vuestra bodega de oro y diamantes; puedo transformar en oro puro el plomo de los canalones de vuestra casa...

Interrumpióle al llegar aquí la Amapola con una ruidosa carcajada, acompañada de estas exclamaciones:

—¡Eso, eso es lo que conviene! Trátase de la piedra filosofal, y el pobre muchacho veo que sigue tan rematadamente embobado como en otros tiempos.

Viendo Pacífico que se tomaban á broma sus promesas, hizo además de levantarse; pero la Amapola le hizo caer otra vez sentado, merced á un magnífico puñetazo que le propinó en el hombro derecho.

—Si pensáis llenar de oro y pedrería—díjole—mi bodega en pago de la cena de la señora, ¿qué me ofrecéis por la cena que tenéis aquí delante de vuestros ojos?

Pacífico volvió la cabeza, y, siguiendo el gesto de la Amapola, reparó en el enorme pedazo de empanada con su ración de pan de dorada corteza y la correspondiente cantidad de fresco y sabroso vino.

Ante ese espectáculo se quedó el pobre hombre con la boca abierta, los ojos medio cerrados y los labios llenos de saliva. Hallábase extático como los niños á quienes se enseñan de repente los juguetes y regalos que los Reyes han depositado en su balcón la noche de la Epifanía. No podía proferir ni una palabra; tan grande era el impulso de sensual glotonería que se había apoderado de todo su ser.

—Vamos, hermano Pacífico—dijo la Amapola,—despachad eso, y luego platicaremos.

El primer movimiento del pobre pedagogo fué abalanzarse sobre aquel inesperado maná que le enviaba el cielo; hundió vigorosamente toda la hoja del cuchillo en la carne, y llevó á la boca una gran porción de ella. Pero detúvole de pronto, cuando iba ya á mascarla, un raro escrúpulo. El nombre de hermano Pacífico, que le había pasado desapercibido, volvió á resonar en su cabeza, y para protes-

tar contra él dirigióse á la mesonera con ademán furibundo, diciéndole:

—¿Por qué me llamáis hermano Pacífico?

—Pues qué—exclamó la buena mujer, que, como es sabido, no era sobrado paciente,—¿has pretendido, por ventura, burlarte de mí, mamarracho? ¿No te llamas, acaso, Andeol, y no te conocen por el hermano Pacífico?

El pedagogo continuaba con el bocado cerca de los labios, pero preocupado en la defensa de la duquesa Isabel se apresuró á replicar:

—Buena mujer, estáis loca. Yo no me llamo Andeol; y si os empeñáis en calentarme las orejas, acabaréis por convenceros de que jamás nadie me ha apellidado el hermano Pacífico.

—Entonces—dijo la Amapola sin incomodarse—la equivocación no merece castigo. Yo creía agasajar á un antiguo amigo; pero á lo que parece yo no tengo la fortuna de conocer á mi hombre. Volved á colocar, pues, la carne en el plato, y quedaos á dormir en ese taburete hasta mañana, si Dios quiere.

Pacífico olió por última vez su rica porción de empanada. Nada había comido desde el almuerzo, y éste había consistido en un mendrugo de pan tan duro como una peladilla de arroyo; pero no podía faltar á la consigna dada por la duquesa, y Pacífico acabó por volver á poner con lentitud en el plato su ansiado alimento. Parecíale que le arrancaban el alma.

Tanta era su hambre, tan extrema su necesidad, que las lágrimas asomaron á sus ojos.

Y se quedó inmóvil contemplando por un instante aquel apetitoso manjar que ya no era para él, y luego cerró sus pupilas por no experimentar por más tiempo el suplicio de Tántalo. Durante medio minuto la Amapola le observó de reojo creyendo que iba á capitular; pero Pacífico no se movió más

que el poste de un camino, y cuando interrumpió su quietismo fué sólo para llevar entrambas manos á su estómago y consolarle así de su miseria.

—¡Vive Dios!—exclamó la Amapola entre conmovida de lástima y montada en cólera,—bien merecerías que yo te dejara morir como un perro; pero mi corazón es demasiado sensible... ¡Que seas ó no el hermano Pacífico, haz lo que gustes de esa empanada y llévete el demonio!

Pacífico abrió los ojos, y dejando aparte el cuchillo empezó á llenar la boca con entrambas manos.

Por espacio de cinco minutos enteros la sala común del mesón quedó sumida en el más profundo silencio, turbado solamente por el ruido que levantaban las mandíbulas del pedagogo al mascar su cena; y cuenta que tenía buenas quijadas, que funcionaban perfectamente como un reloj; los bocados se sucedían sin darse lugar los unos á los otros, y la Amapola no comprendía cómo fuera posible que engullera con tanta rapidez sin quedarse privado por algún accidente.

A los cinco minutos Pacífico hizo una pausa y exhaló un suspiro de satisfacción. La Amapola no pudo dejar de acompañarle con una sonrisa; tan contagioso era el íntimo bienestar de aquel pobre hombre. Su rostro expresaba una dicha y una beatitud indescriptibles, y cuando tomó la copa para echar un buen trago, la Amapola hubo de seguir este movimiento de felicidad relamiéndose los labios.

—¡A vuestra salud, buena mujer!—dijo Pacífico con cortesía al sorber un buen trago de vino.

Estas palabras hicieron que se rompiera el hielo; hacía ya mucho rato que la Amapola había olvidado su rencor; tal era el placer que experimentaba viendo devorar al pobre hambriento.

—¡Y bien!—dijo acercando el taburete en que es-

taba sentada,—¿qué tal encontráis esa empanada?

—La encuentro buena—replicó Pacífico lanzando un fuerte resoplido mientras volvía á embestir de frente.

La Amapola le golpeó amistosamente la espalda, diciendo:

—Hermano mío, tenéis un diente digno de envidiarse. Mucho me place ver á un buen muchacho hablando con la boca llena; y estoy segura de que ahora cambiaremos de tono. ¿Por qué obstinarse en hacer tapujos? Ya sabéis que la Amapola ha sido siempre de los Armagnac en cuerpo y alma. Decidme, al menos, si el niño es alto y hermoso; decidme si queda alguna esperanza de que vuelvan los buenos tiempos.

A todas estas preguntas nada respondía Pacífico, lo cual no obstaba para que siguiera devorando á más y mejor.

—¿Seguis desconfiando de mí?—dijo la posadera en son de reproche.

—A vuestra salud, buena mujer—exclamó Pacífico vaciando su segunda jarra de vino.

—¡Por mi santo Patrón!—gritó la Amapola, que ya volvía á sulfurarse,—antiguamente, Andeol, eras tú un poco simple, pero no malo. La noble señora vive aún, porque mis ojos han tenido la dicha de verla, y mi corazón me dice que su hijo no ha muerto tampoco... Y si tú tuvieras confianza en mí, Pacífico, todo cuanto hay en esta casa, desde la bodega hasta el granero del desván, quedaría desde ahora á la disposición de la viuda y el hijo de Jaime de Armagnac.

Pacífico había dado cuenta, poco más ó menos, de la mitad de su empanada; no se daba ya tanta prisa en comer y entretenía un poco la cena á fin de prolongar más el gusto. Sus ojos no se separaban un punto del plato. No podía tacharse al pobre

hombre de sensual ó sibarita; era el hambre lo que le hacía ansioso, y habría llegado á batirse, sí, á batirse él, que era tan apocado, por conquistar el excelente pedazo de carne mechada que quedaba aún en el plato.

Por su parte, la tía Amapola iba frunciendo ya sus cejas. Desde entonces, lejos de experimentar satisfacción, se incomodaba á cada bocado que se perdía en el ancho gáznate de Pacífico.

—¡Bribonazo de marca!—exclamó en la explosión de su cólera, nuevamente excitada.—¿Es así como pagas mis beneficios de hoy y mis favores de siempre? Es preciso que no tengas corazón ni alma para haber llegado á olvidar á la mejor de tus amigas.

Pacífico elevó sus ojos al cielo; pero como no dejó de mascar un momento, la Amapola, que le miraba de perfil, no pudo darse cuenta de este buen movimiento; sólo observó que el huésped se escanciaba el tercer vaso de vino, y esto llevó al colmo el mal humor de la patrona.

—¡No te faltaba más que haberte vuelto un borracho!—dijo.—¡Ah Pacífico, Pacífico!, cuando tantos años atrás yo iba á cuidar á la pobrecita Marión durante su enfermedad, tú sabías entonces decirme: «Mil gracias, vecina; en tanto que yo viva, no dejaré de rogar al cielo por vos.»

El cuchillo, que no había dejado de funcionar por espacio de más de medio cuarto de hora, escapóse de los dedos de Pacífico; la sangre, que con el calor de la comida había subido á su rostro, abandonó sus mejillas pálidas; quedóse inmóvil y mudo y miraba con estupor los restos de su cena.

—¡Ah!—prosiguió la Amapola triunfante,—está ya casi maduro. El nombre de Marión ha vuelto otra vez cárdeno tu semblante y ya no puedes comer más.

Pacífico apartó la cabeza y dijo con voz alterada:

—Es que ya no tengo más apetito, buena señora —¡Aquella Marión que tanto amaste!—continuó la hostelera, que era capaz de todo á trueque de satisfacer su curiosidad.—Mira, Pacífico, hoy mismo decía yo hablando de ti: No sé si era un demonio ó un santo..., porque aquella noche, hace quince años, temí que ibas á devorar á nuestro joven señor... Pero siempre confié en tu buena alma, y ahora que te he visto con la duquesa Isabel no he de preguntarte ya qué has hecho del niño... Lo único que te pido, compréndelo bien, es saber qué puedo hacer yo, pobre y débil mujer, por la viuda y el heredero de Armagnac.

—No sé de quién me habláis, buena mujer—replicó Pacífico sin volver la cabeza;—no conozco á vuestro señor, ni á su heredero, ni á su viuda.

La Amapola dió un salto sobre su asiento.

—Pero tú conociste bien á Marión—exclamó de una manera implacable,—á Marión, la pobre difunta que está enterrada en el cementerio de Mirande.

Una lágrima que la Amapola no pudo ver, resbaló por las mejillas demacradas y secas del pedagogo.

—Marión—añadía la mesonera,—lá madre de aquellos dos niñitos á quienes he llevado tantas veces pan.

El pecho de Pacífico se oprimía y su aliento se paraba en la garganta.

La Amapola tomaba esto por falta de sensibilidad.

—¿Viven aún, ó están en la otra vida—prosiguió impertérrita—esos dos desgraciados seres que lo perdieron todo el día en que cerró los ojos su madre? ¿Tú no sabes nada de ellos, no es verdad? Ca, no es él quien ha de ocuparse de sus hijos.

Cada una de estas palabras desgarraba el corazón del pedagogo, pero no hizo ningún movimiento;

habíasele mandado que se callara y cumplía la orden. Comprimia los sollozos que llenaban su pecho, y continuaba allí más pálido que un moribundo, abandonando toda su alma á la más cruel amargura y no quedándole siquiera el recurso de defenderse ni el de huir.

Lo que decía la Amapola era tanto más sangriento cuanto que en verdad el hermano Pacífico había olvidado la custodia y educación de sus hijos para consagrarse exclusivamente al cumplimiento de otro deber.

Y este deber, que había llenado con heroísmo, no le había sido impuesto por la ley de la naturaleza.

Un día, aún nos acordamos de ello, se le dijo que su hija había sido robada; aquel mismo día su hijo debió llegar al palacio de la Marche, y el palacio de la Marche fué saqueado. Desde entonces, Pacífico no volvió á oír hablar de su hijo ni de su hija.

¡Y habían transcurrido quince años!

VI

LA PIEDRA FILOSOFAL

Era ya la una de la madrugada; la Amapola, aburrida por el obstinado silencio de Pacífico, acabó por abandonar su presa; los últimos restos de la cena hallábanse en la mesa que iluminaba la moribunda luz de una lámpara. Pacífico, solo desde aquel momento en la sala común, sentóse en el sillón de madera que hacía las veces de trono de la Amapola, tenía los ojos cerrados, la cabeza inclinada sobre el pecho y trataba de dormir.

Su cara no expresaba ya el violento disgusto que se traslucía en ella, en tanto que la Amapola torturó su alma. Dios había otorgado al pobre hombre

un refugio donde mitigar sus amargas tristezas; Pacífico era un visionario, y á semejanza de esos niños felices á quienes un sueño de color de rosa hace olvidar sus lágrimas, Pacífico podía también sustraerse al yugo de sus crueles pesares y nacer á nueva vida con sólo cerrar los ojos y abrir el espíritu á un mundo de encantos creado por su exaltada fantasía.

Pacífico era un visionario de los que toman en serio sus quimeras y para los cuales el sueño es tan positivo como la realidad.

Su naturaleza cándida é infantil le acompañaba inseparablemente aun en los delirios con que engalanaba sus quimeras. No eran éstas lo que los sueños de un ambicioso ó de un poeta, sino el dormir de un niño á la luz de algunos incoherentes reflejos de la ciencia humana. Nada hay más semejante al exterior de un niño que el exterior de un sabio.

Pacífico había penetrado hasta el fondo de los secretos de la alquimia. Pacífico había llegado á rasgar el primer velo de los que encubrían el Cuarto Misterio, en pos del cual viene ya la *juventud* de Hermez, el metal animado.

Pacífico había acumulado en su memoria, que era vastísima en este punto, lo mismo que su activa é inteligente disposición para el estudio de las ciencias físicas; había acumulado, decimos, todas las definiciones, todos los conocimientos y todas las fórmulas recogidas por los sabios de aquel tiempo. Estaba ya más adelantado que Tertius, Nicolás Flamel, y hasta que el mismo Raimundo Lulio; había dado un paso más que el gran Albert, el que llegó á disciplinar á los ángeles rebeldes; y la fe invencible que tenía en el éxito definitivo de su obra le daba valor para luchar contra el desaliento y el infortunio.

En el instante en que le vemos solo en la gran